

El Arca 50 (por Andres Keitel)

Charla con Rep

Un humor que no anda con chiquitas

- *La personalidad de su trazo y su osadía temática convirtieron a este dibujante y humorista en uno de los creadores más originales del país. Sus tiras también indagan el nuevo costumbrismo ciudadano penetrando en la particularidad social de los distintos barrios.*

“Cuando hablo de arte me inclino por aquellas cosas que conmueven profundamente, que te tocan una fibra muy íntima. Recuerdo cuadros de Goya como arte y algunas telas de Bacon.”

Se podría decir, con palabras de Jack Kerouac, que está a medio camino entre el este de su juventud y el oeste de su futuro. Y no parece errado, porque ha cumplido recién 40 años –unos pocos menos que los de su personaje, Gaspar, le revolú–, que, de acuerdo con las actuales expectativas de vida, es como el equinoccio perfecto entre las dos puntas de una existencia. Y porque, a pesar de estar consagrado, todavía son muchos los que le auguran un porvenir mucho más rutilante en su profesión. No obstante esa edad, por la naturalidad en el trato, la informalidad de su vestir y el uso de ciertos giros verbales, Miguel Repiso (Rep para quienes siguen sus tiras de humor en *Página 12* y otras publicaciones) transmite un aire más juvenil. Gracias a esas formas laxas, y a la invariable cordialidad que las acompaña, el clima de una conversación con él se torna de inmediato agradable y toma el ritmo de una vieja conversación entre amigos. Rep está considerado hoy como uno de los humoristas y dibujantes más talentosos de la generación que se inicia a comienzos de la década del ochenta. La originalidad de su trazo gráfico, lo genuino de sus ocurrencias, la osadía con que encara sus temas y el riesgo experimentador que insufla a sus trabajos han convertido a sus viñetas en espacios muy respetados por sus colegas y seguidos por la gente. Nacido en San Isidro, vivió sin embargo la mayor parte de su vida en la Capital, especialmente en el barrio de Boedo, del cual se considera un hijo legítimo. “El lugar más entrañable de mis recuerdos de infancia y adolescencia está delimitado por las avenidas San Juan, Boedo, Independencia y la Iglesia Santa Cruz. Dentro de ese perímetro, en un inquilinato de Estados Unidos y Maza, nacieron mis cuatro hermanos. Y viví yo con ellos y mis padres.”

Sus primeras incursiones en la profesión comenzaron muy joven. A los 19 años, en 1980, ya hacía un personaje en la revista Humor que se llamaba *El recepcionista de arriba*, una suerte de vocero de su visión crítica y burlesca de la realidad que recibía en el paraíso a toda clase de personas, vivas y muertas, aceptándolas o echándolas a patadas. También hizo en aquella revista *Los Alfonsín*, una tira muy festejada en la que el ex presidente era sometido por su familia, especialmente por unos nietos muy revoltosos, a toda clase de reclamos cotidianos y políticos. Para *Sexhumor* creó además *Joven argentino*. A partir de 1987, con su incorporación a la contratapa del diario *Página 12* sus trabajos comienzan a tener un contacto más cotidiano con el público. Primero hace *Mocosos*, que después derivó en *Socorro*, *Auxilio* y *Gaspar*, hasta llegar a la actualidad en que su tira no tiene personajes fijos y sólo lleva su nombre. En esta última etapa reaparecen de tanto en tanto sus personajes clásicos, pero también han surgido otros como Lukas (el jov en *dark*, novio de Auxilio), el Caramanchón (una especie de monstruo justiciero), El chico de los países del Este, los mellizos Silver, el murciélago que fuma.

-¿Cuándo se empieza a definir su vocación?

-Con las lecturas de niño. Leía muchas revistas mexicanas, *La pequeña Lulú*, por ejemplo. No digo *Supernan* o el *Llanero solitario*, sino las historietas de dibujo grotesco, que es lo que siempre me atrajo más. Entre nosotros, las revistas del 60. Toda la saga de Dante Quinterno. Patoruzú, me la devoraba. Me gustaban los personajes de Mazzone, Afanancio o Capicúa. Después fue muy importante García Ferré, el Antejito y todos sus personajes: Hijitus, Largiulo. Y, sobre todo, el maestro Héctor Torino, que hacía *El conventillo de don Nicola*, un verdadero delirante.

-¿Y Mafalda?

-Eso fue más adelante, cuando empecé a refinar mis gustos. Yo venía de una familia pobre, sin poder adquisitivo. Los libros de *Mafalda* eran caros. Patoruzú o las revistas mexicanas y las conseguía en casa de los parientes o de los vecinos. Fue llegado el secundario que descubrí *Mafalda* y *Satricón*, una línea más pensante. Mi ideal era ser un dibujante de *Patoruzú*. Después tuve un gran afán coleccionista y mucha memoria de los dibujos.

-Algunos relacionan su humor con el de Ferro y Battaglia. ¿Qué hay de cierto en ello?

-La verdad es que Ferro me gusta como dibuja, pero no tengo nada que ver con su humor. Y a Battaglia lo descubrí como coleccionista. A mí me parece que lo que yo y devuelvo hoy con mi trabajo son aquellos placeres que obtenía con García Ferré, Quinterno, Torino, Mazzone, y paré de contar. -¿No hay ya costumbrismo en el humor?

-Lo que no hay más es un costumbrismo cautivo. Un humor como el de Calé ya no existe porque es difícil captar, observar una costumbre uniforme del porteño. Las costumbres en la ciudad están muy corridas, se han disgregado y fragmentado. Entonces no se puede capturar a la gente del barrio como un todo único. Hoy la gente tiene una costumbre según el barrio al que pertenece. Eso sin contar con que la televisión cambió todas las antiguos hábitos. Pero hay otro tipo de observación costumbrista. La que hace Maitena es muy piola y gira en torno a la mujer, que fue tantos años descuidada por el humorismo. En mi caso, cuando hablo de los barrios, con ciertos personajes hago también costumbrismo, pero lo siento como un costumbrismo muy tribal, de pequeña y no de gran tribu como era el de Calé o Divito.

-Es cierto también que aquel era un humor con más estereotipos. -Sí, eso es cierto. Fue Quino el que vino a destruir esos estereotipos con Mafalda, porque si bien esos personajes pueden en algunos casos ser estereotipos, se muestran también de muchas maneras, con más matices, buenos y malos a la vez. No son sólo amarretes, *yetattores* o fallutos.

-¿Cómo es el humor de estos días?

-Es más cínico, más duro. La realidad de aquella época, la del peronismo, e incluso la del sesenta, era plácida. Viendo los rasgos de los personajes de García Ferré, Hijitus por ejemplo, me parecen de una bondad infinita, de una enorme ingenuidad. Eso ya no existe. ¿Cómo disfrutaba yo ese humor! En él veo reflejada mi niñez, pero no puedo hacerlo. Me ha ganado la tristeza, el cinismo y una tendencia al delirio. El humor costumbrista opera más sobre los grupos que sobre las personas. A mí me ocurre que veo una gran riqueza y diversidad en la vida y la sociedad, que necesito plasmar sin encadenarme a un solo lenguaje. Por eso no tengo más personajes en la tira. Lo típico es hacer Clemente o Matías toda la vida. En mi caso podría haber seguido con Auxilio o Gaspar el revolú, pero hoy necesito ver todos los días algo distinto en la tira, incluidos los personajes. Así me siento más libre.

-En el recepcionista de arriba había cada tanto homenajes a autores o personajes muy queridos. Recuerdo a Oski o a Isidoro Cañones. En actuales tiras de Página 12 también. El otro día vi a Chapaleo.

-Sí, ésos son los *cover*. Es algo que hacen los rockeros. Toman un tema de otro y lo versionan. Yo también inventé eso de los *cover*, porque me da mucho placer recrear la línea de los maestros de la historieta, de acá y de afuera, recrearlos con mi línea y *aggiornarlos*. No sé si se podría llamar a eso una lectura posmoderna o qué cuernos, pero es una lectura de lo que hoy sería esa línea.

-En su tira diaria ya no hay casi niños, chiquitas como Socorro. ¿Por qué?

-No, ahora hago adolescentes o bebés, que son las dos puntas a los costados del niño. Hice muchos niños cuando dibujaba la tira de los *Mocosos* o en *Los Alfonsín*, con aquellos nietos que se subían al árbol. Hubo un momento en que salió Sendra con Matías y dije “ya está”. No podemos hacer todos lo mismo. Que lo haga Sendra. Y me fui para el lado de Auxilio, que es una adolescente, la hija de Gaspar. Y me olvidé de los niños.

-¿Sus personajes van creciendo en edad?

-Gaspar no, se quedó medio solidificado en los cuarenta y tantos. Auxilio, en cambio, se modificó mucho. Al principio era una niña y hoy es una adolescente. Ha tenido cambios. De todas maneras sigue manteniendo una ética, una forma de ser que me impide salir con un “martes 13”.

Son personajes que sé cómo actúan. También Lukas, que es de una sola manera, *dark*. Lo único que tengo que hacer es darle situaciones para ver cómo las resuelve. Es el chico de la poesía maldita, el oscuro, un personaje muy cerrado. Tan cerrado que es uno de los que más me gusta. A mí, que tengo tendencia a desbordarme, a que me salgan personajes medio pirotécnicos, me encanta que Lukas se cierre mucho, que tenga una sola conducta. Es muy difícil de trabajar porque tiene un solo gesto, una sola manera de hablar y no admite influencias del exterior. Es un personaje que me parece muy fuerte.

-¿No se podría leer la conducta de Lukas como la de alguien que defiende su coherencia?

-Puede ser, porque estoy harto de tanta maleabilidad. No digo que añoro el fundamentalismo, pero sí algo más de certidumbre, adultos y abuelos con las cosas claras, que no estén boludeando por todas partes porque la oferta se diversifica, personas que sepan lo que quieren. Hay cosas a las que ya hay que decir que no. El “todo vale” me hartó completamente. -Gaspar, a pesar de lo ironizables que son algunas de sus conductas, también es un personaje que tiene una suerte de ética. No se volvió *new age* ni se convirtió a la *boludez*.

-Sí, está un poco quebrado porque no entiende esta época, pero nunca va a tener una conducta corrupta. Es maleable porque el psicoanálisis lo ha vuelto una especie de títere y, sobre todo, el no entender estos tiempos lo ha dejado muy golpeado, al borde del *knock-out*. Pero su maleabilidad no va más allá de ciertos límites.

-Lo que se nota mucho en Gaspar es el miedo.

-Es que ése es un sentimiento muy instalado en la sociedad argentina. En las pequeñas y en las grandes cosas. El triunfo de la dictadura fue ése: el miedo que quedó. Soy un tipo que trabaja el miedo porque lo conozco y no me entrego pasivamente a sufrirlo. Por eso cuando lo detecto lo exorcizo con el humor. Detesto tener miedo a tocar ciertos temas. Y en ese sentido reivindico una absoluta libertad, aunque esto tenga como costo que algunos lectores me dejen de querer. Es imposible hacerse querer por todos.

–¿Tuvo problemas últimamente?

–Sí, tuve problemas con las autoridades eclesásticas y algunos lectores por una saga con el niño Cristo que hice en Navidad. Llamaron para protestar. Pero bueno, esas cosas ocurren. Creo que hay que humanizar a los seres humanos, a los próceres. Dejarse de joder con la solemnidad. Me río de todo lo que sean tics, posturas dogmáticas, incluso si son de izquierda. Algunos "progres" también mitifican todo. Los buenos no siempre están a la izquierda y los malos a la derecha, ni todos los poetas de izquierda son excelentes y los del otro lado pésimos. Ese pensamiento es maniqueo. "Muchachos, no jodan: Benedetti no es un buen poeta", les diría. Y, en cambio, Ezra Pound, que todo el mundo sabe que simpatizaba con el fascismo, sí. O lo es Gelman, que es de izquierda. No hay que comprar huevadas porque lo dicen los formadores de opinión como Susana Giménez. Hay que leer o escuchar lo que a uno le gusta y no repetir como loros lo que impone el sentido común o el pensamiento dominante.

–Se trata de sacar chapa de prócer y listo. Quién va a decir hoy algo contra Borges. –Claro. Yo es muy posible que nunca lo haga, porque cuando lo leo me da mucho placer, pero puedo llegar a cuestionarle algunas cosas, porque en los últimos años sus obras no son tan perfectas. No todo Oski es impecable y eso que es de los más parejos. No son dioses. Lo mismo ocurre con Mafalda, que es una historietita maravillosa y la gente la reverencia como si Quino no estuviera hoy trabajando en una cosa mucho más rica. Hay que desarrollar lo más posible el sentido crítico para saber que no siempre vamos a comprar el supercombo.

–Cuando habla de arte, ¿usted incluye a la historieta?

–Prefiero no hacerlo, sobre todo porque está muy ligada a la producción para el consumo. Pocas veces hay arte en esos trabajos, aunque no descarto que en ocasiones lo haya. Cuando hablo de arte me inclino por aquellas cosas que conmueven profundamente, que te tocan una fibra muy honda. Puedo recordar muchos cuadros de Goya como arte, algunas telas de Bacon y otras de Picasso, que también tiene mucha producción lamentable. Pero uno se come siempre a Picasso porque detrás hay un marketing maravilloso.

–¿Estudió alguna vez artes plásticas?

–No. Y lo pago a diario, por la sed que tengo de no ser siempre el mismo. Yo, mal que mal, tengo una paleta de recursos que me permitiría seguir así toda la vida, pero estoy insatisfecho con esa paleta. Un día abordo el tema

"Tengo 40 años y hay cosas que no las voy a aprender. Y voy a ser tosco y chueco. Es así, y ¿cuál es mi consuelo?, que hay toscos y chuecos que hacen cosas estupendas", declara Rep.

político, al otro un asunto medieval y luego el aborto. Son todas cosas distintas que me exigen maneras diversas de escribirlas y de dibujarlas. Eso me impone la necesidad de una técnica que no manejo como quisiera. Si tengo que emplear la técnica del plumado de los cuarenta la empleo, pero tardo el doble. Si hay que ser sintético o usar sombras chinescas con esfuerzo lo logro, pero no es con la fluidez de un dotado, como lo haría por ejemplo Nine, una verdadera bestia que puede hacer todo y bellísimo. La verdad que a esta altura del partido me conformo –bah, en realidad no me conformo–, diciendo que tengo mucha imaginación y que soy más contenido que forma.

–Maitena me hablaba en un reportaje anterior de lo mucho que avanzó su dibujo. –Reconozco desde dónde lo dice, pero yo no puedo decir lo mismo. Pero ya está, esto me va a durar toda la vida. Tengo 40 años y hay cosas que no las voy a aprender. Y voy a ser tosco y chueco. Es así. ¿Y cuál es mi consuelo? Que hay toscos y chuecos que hacen cosas estupendas. Por ejemplo Molina Campos, era un tipo con limitaciones e hizo maravillas con esas limitaciones.

–Usted hizo una serie que se llamó Los Alfonsín y comenzó otra que era Los Méndez. ¿Qué pasó que no la siguió?

–Había comenzado a hacerla en una revista espantosa que se llamaba Estación 90, pero el tipo que inspiraba el personaje nunca me gustó. Y no pude seguirla ni mínimamente. Tengo diferencias con Gaspar, pero puedo convivir con él. Lo mismo con Alfonsín. Con De la Rúa hago escaramuzas porque me parece muy rico el momento político, muy explotable desde un punto de vista que no sea el obvio.

–¿Usted cree que hay un humor político obvio o fácil?

–Sí, hay un humor político idiota. Ese humor político es fácil de hacer. Alguna gente se ríe de cualquier pelotudez. Ponés un tipo patilludo y una nariz larga y listo. Un caso típico de ese humor obvio es Nick. En cambio, Rudy y Daniel hacen un humor político inteligente. Yo no haría humor con dos tipos parados, pero lo que ellos hacen es brillante. Y después está Sábat, que es un semidios, una especie de historiador, de artista. Pero ese no es humor político, es otra cosa. El está pintando nuestra Altamira política, está registrando los hechos de esta cueva en la que vivimos y que quedarán como testimonio de una verdad.

–¿La verdad de Sábat?

–Sí, su verdad como artista. Todo artista viene al mundo para decir una verdad. A veces descubrir esa verdad lleva tiempo. A veces, se dice en pocas palabras. Rulfo, que fue un escritor maravilloso, escribió dos libros y no necesitó más. El llegó al carozo de su verdad, a la esencia, que estaba allí en esos dos libros. Y decidió luego, con una enorme honestidad, no hacer más. Todos tenemos el deber de hacer un examen de conciencia para saber si hemos llegado a expresar nuestra verdad, lo que hemos venido a decir al mundo.

–¿Usted ha descubierto la suya?

–No lo sé. Es posible que todavía no la haya descubierto y me falte aún ir al carozo. Quizás lo que he librado hasta ahora no son más que pequeñas batallas, cositas que van saliendo. No estoy seguro de ser un autor parecido al de la película que me gusta sobre el autor. Tal vez no sea más que un profesional, una suerte de saltimbanqui que trabaja para distintos medios. Mucha gente me trata como un artista y no me gustaría desilusionarla. Es cierto que las evaluaciones vienen más tarde, pero entretanto yo debo ser lo suficientemente sensible e inteligente como para descubrir si estoy en la búsqueda de lo esencial en mi trabajo. Y si no lo estoy, intentar un camino para capturarlo.